

PICASSO Y SU DESMESURA

PICASSO Y SU DESMESURA

El mismo genio creador, aquel que acaba de hacer sus desposorios con la muerte, tras de la pequeñez de una duración de noventa y un años que en nuestra mísera relatividad llamamos larga vida, confesó.

Todo genio se confiesa aún cuando no profese creencia alguna.

Picasso había varias veces repetido que el carisma de la altura de su arte lo había recibido desde muy niño, puesto que a los doce años era capaz de dibujar como Miguel Angel, por lo que al llegar a ser hombre, y al darse cuenta de que había sido concebido sin candor infantil un impulso incontenible le movió a crearlo luego.

Mi éxito —explicó en sus últimos años— consiste en que pudiendo hacer lo que quiera en el arte pictórico conscientemente me recreo en la descomposición de formas y en los candorosos monigotes de los niños.

Ya se había dicho en el Evangelio estas palabras: «Quien no se haga como los niños no entrará en el reino de los Cielos». Claro es de que también se habló de aquel que escandalizare a alguno de estos pequeños, no le iría muy bien en el otro mundo.

Sin embargo, como Picasso entrara en el Reino de los Cielos; es decir, en la plenitud de la gloria, con muchos años de antelación a su muerte, habrá que deducir —visto para este hombre extraordinario la identidad de Cielo y Mundo— que

acertase, en efecto, a convertirse en niño, y después, autoescandalizándose así propio y a los demás, mediante esa reversible metamorfosis, enseñase, en el arte, un nuevo camino hacia el Paraíso.

He aquí el enigma de su desmesura. Como creador tuvo la pretensión de recoger del mismo Dios la antorcha olímpica abandonada en el séptimo día, ya que la Divinidad al observar todo bien hecho —dice el Génesis— que descansó. Se tranquilizó Dios, pero no Picasso a quien sustituye como proyectista de formas.

¡Vanos intentos los de Fidias, Miguel Angel, Leonardo, Velázquez o Goya! Si queréis estos artistas solamente fueron meros modificadores discretos de matices funcionales que comenzaban ya a perder su originalidad desde ese día séptimo.

Faltaba el continuador de la obra del Génesis precisamente en un momento en que la humanidad conseguía casi amaestrar, desatando a su capricho, las fuerzas ciegas de la naturaleza puestas en marcha, desde la creación, por un genio demiúrgico.

En el arte plástico cabían posibilidades mejor aptas al retorno angélico de espíritu puro, siendo el más propicio a definir una desconcertante rebeldía que tanto parece tentar de nuevo al hombre.

Para el actual aspecto no bastaba el recreo de otra fealdad satánica. Lo feo, por ser natural, podía representarse en formas funcionales y bellas. Los monstruos que se concibieron desde la antigüedad; los que, también, representó, tan acusadamente, el arte románico en el pórtico de Vezelay o en el códice del Burgo de Osma —por cierto, este último, con cierto estilo picassiano—, dijeron algunos teólogos comentaristas de ese arte que los hombres de un solo y gigantesco pie (códice del Burgo de Osma) o aquellos otros con cabeza de perro o de ovejas como alas, de cuya existencia la antigüedad creyó, les podía alcanzar, la redención de Cristo.

Pablo Picasso no pretende precisamente crear monstruos nuevos, ya que ello está al alcance de cualquier imaginación que conciba formas raras pero funcionales. El genial malagueño es el creador de la «Descreación»; en símbolo un nuevo ángel rebelde por su candoroso espíritu puro que se enorgullece o se admira hasta el infinito de su propia «esencia» inmaterial, reconsiderando el por qué de la repetición del Verbo.

Pero en este fenómeno o desmesura de Picasso hay algo, así mismo, del exponen o contingencia circunstancial. Decía Ortega y Gasset que el hombre es él y su contingencia; es decir algo que puede suceder; lo que mide eso que yo ahora llamo, con signo matemático, «exponente».

Ejemplo: el número dos elevado —sin ir más lejos— a la 12 potencialidad, ya nos da una cifra inconmensurable. Ahora bien si el uno lo eleváis al exponente infinito se queda en uno porque esa cifra unitaria encierra la pureza del ser. Aquí está el conflicto desde los Eliatas: Si la esencia reside en la unidad o se traduce en la diversidad. La unidad pura parece comportar, razonablemente considerada, el Alfa y Omega de todas las cosas. La trinidad en la cifra casi tan enigmática como el uno, que es la relación circular del 3,1416 nos lleva sin querer a una repetición de lo eterno en pluralidades concebidas, casi uniformes y sin candor.

Picasso pudo haber tenido la idea de retornar al candor de la unidad, rompiendo pero, también, utilizando su propio «exponente». Pasó por el genial artista la rebeldía diabólica de ser uno; no un poquito más de uno, que significaba tanto como dejar de ser puro.

Giovani Papini pretendió algo por el estilo en su pensamiento, más que rebelde, inclinado a una cierta intención de caridad. Parándose el tiempo la pesadilla de los infinitos elipsoides cósmicos desaparecerían: Son nuestros monstruos. Entonces perdonaría Dios al diablo.

Próspero G. GALLARDO